

## XI. El árabe estándar moderno: formación, estructura y desarrollo

El año 1258, en el que Bagdad fue tomada por los mongoles, suele utilizarse como el momento que marca el hiato entre la etapa “clásica” de la lengua árabe y la etapa postclásica<sup>7</sup>. Aunque en realidad no procede conectar directamente una cosa con la otra, se afirma que hasta esa fecha el árabe funcionó como lengua de pujanza cultural y de comunicación activa, mientras que a partir de entonces la decadencia cultural trajo consigo el declinar de la lengua árabe, que sólo pudo mantenerse como lengua fosilizada, de uso artificial y siempre en condiciones culturales depauperadas. Es evidente que ello no siempre fue así, y que hay claras excepciones a ese panorama sombrío, una de las cuales es la sociedad andalusí de Granada. Pero también es claro que, además de su comodidad, este hito temporal refleja una realidad: la pérdida del control político que hasta entonces ejerció un grupo de poder arabófono o que al menos promovía y defendía el uso oficial de la lengua árabe hizo que paulatinamente otras lenguas fueran suplantando el papel hegemónico que había correspondido al árabe. Así, lenguas como el persa o el romance, pero el turco especialmente, arrinconaron a la lengua árabe durante un período de varios siglos en los cuales su uso fue resultando cada vez menos natural y más restringido.

En esta larga y oscura etapa la lengua árabe se vio limitada al papel de lengua de comunicación diaria, pero no gozó, salvo en honrosas y contadas excepciones, de la vitola de lengua de cultura o de lengua oficial. Se trata de una etapa a la que los autores árabes suelen aludir como etapa de “corrupción” lingüística, y que suele pasar prácticamente desapercibida o inédita en los escasos estudios sobre la evolución diacrónica de la lengua árabe, de lo que constituye una excepción el trabajo de Xalīl (1985). En esta fase es cuando cobra carta de naturaleza, siempre bajo el prisma de los autores árabes, el abismo entre la lengua de cultura y la lengua coloquial, e incluso el abismo entre los dialectos beduinos o urbanos antiguos, que conservan a los ojos de los gramáticos y los lingüistas una cierta aureola de “pureza”, y los dialectos de la época, especialmente los urbanos y los rurales, que han sufrido una fuerte “corrupción”. En palabras de Ibn Xaldūn (*Muqaddima*, 480):

*“iʿlam ana ʿurafa t-taxāṭubi fī l-amṣārī wa-bayna l-ḥaḍari laysa bi-luġati muḍara l-qadīma, walā bi-luġati ahli l-jīl; bal hiya luġatun uxrā qāʾimatun bi-nafsihā baʿīdatun ʿan luġati muḍara wa-ʿan luġati ḥādā l-jīli l-ʿarabiyyi l-ladī li-ʿahdinā, wa-hiya ʿan luġati muḍara abʿad”*

“has de saber que la práctica de la conversación en los ámbitos urbanos y en los rurales no se desarrolla en la antigua lengua de Muḍar<sup>8</sup>, ni en la lengua de esta generación, sino que se trata de una lengua distinta e independiente, alejada de la lengua de Muḍar y de la lengua de esta generación árabe (beduina) de nuestra época, aunque está más lejos de la lengua de Muḍar”.

<sup>7</sup> Pero ya hemos visto en el capítulo VIII que la crítica árabe considera que la etapa realmente clásica y fiable de la lengua árabe no va más allá del siglo VIII.

<sup>8</sup> Epónimo de la etnia nordanábiga, alude generalmente a la lengua árabe antigua.

El renacimiento del árabe como lengua de cultura, integrado en el movimiento más amplio de renacimiento cultural que se conoce como *nahḍa* “puesta en pie, despertar”, no comenzó en realidad a efectuarse hasta la llegada del siglo XIX. Es cierto que durante los siglos precedentes hubo ciertos contactos culturales con el Occidente, a pesar de las condiciones algo difíciles que encontró la lengua y la cultura árabe en el imperio otomano. Nos referimos básicamente a los contactos que los cristianos de la zona siriolibanesa mantenían con las autoridades religiosas de occidente, que enviaban misiones evangélicas, que comenzaron a difundir el uso de la imprenta o que fundaron diversas escuelas en Europa para el conocimiento de la lengua clásica, con afanes en principio proselitistas. Sin embargo, el acontecimiento político más relevante fue, a estos efectos, la famosa expedición de Napoleón a Egipto (1798-1801), que abrió la puerta a una importante serie de reformas técnicas, sociales, económicas y culturales emprendidas por Muḥammad ʿalī (mandato de 1805 a 1848) y por sus sucesores, basadas en una política de acercamiento a Europa, que en el campo cultural incluyó misiones educativas a Europa, así como la creación de escuelas de tipo europeo y el estímulo de las actividades de difusión del conocimiento y de la traducción de obras europeas al árabe. Uno de los problemas que más inquietaban a la clase intelectual que patrocinó e impulsó la *nahḍa* era el de la utilización de la lengua árabe, que se encontraba en cierto modo anquilosada tras la larga etapa de decadencia, como el medio global capaz de expresar todos los conocimientos e ideas del mundo moderno. Aunque desde un principio se aceptó la idea de que la lengua árabe debía ser el estandarte del renacimiento de la cultura propia, era también patente que era necesario un enorme esfuerzo de modernización que le permitiera afrontar las nuevas necesidades expresivas. En este sentido el árabe acumulaba un considerable retraso frente a las lenguas occidentales, lo que dificultaba aún más la tarea. Y aunque hubo algunas etapas de transición en las que se debió recurrir a otras lenguas, el árabe adquirió pronto la categoría de símbolo unificador del mundo de la cultura árabe e islámica. En el año 1863, la lengua árabe fue declarada la única lengua oficial en Egipto, después de un tiempo de coexistencia con el turco. Y aunque la ocupación británica implantara el inglés en 1898, el movimiento de restauración de la lengua árabe era ya imparable, no sólo en Egipto, sino también en la zona siriolibanesa, es decir, en los dos centros de mayor raigambre y pujanza cultural del mundo árabe de entonces.

Uno de los factores que contribuyeron más decididamente a este movimiento de renacimiento fue el del surgimiento de las imprentas y de la prensa en árabe. En 1821 se creó en El Cairo la Imprenta Nacional, *al-Maṭbaʿatu l-ahliyya* de Būlāq, que comenzó una labor de edición de materiales de todo tipo, desde traducciones de libros de ciencia y tecnología hasta libros de lengua árabe, incluyendo diccionarios y obras de historia y literatura. A esta actividad de edición egipcia se sumaría años después otro centro de edición realmente importante, el Líbano, que durante años ha sido punto de referencia en cuestiones editoriales árabes. Allí fue donde se comenzó la importante tarea de resucitar las obras clásicas en ediciones modernas y asequibles al público. En 1828 se fundó el periódico oficial *al-Waqāʿiʿu l-Miṣriyya*, que pasó de escribirse en turco a escribirse en árabe, y que fue pionero en el uso de la lengua árabe en la prensa. Esto supuso el despegue de la actividad periodística, que ha tenido una influencia de

primer orden en cuestiones lingüísticas, puesto que es generalmente por esa vía inmediata y que no admite demasiada reflexión por donde entran las nuevas ideas, las nuevas expresiones y los nuevos moldes lingüísticos. Se fue imponiendo la necesidad de romper con algunos de los rígidos esquemas clásicos y conformar un nuevo registro, una lengua culta moderna, flexible y viva, lejos de la carga retórica más clásica, y dirigida a las masas. Ello se fue consiguiendo mediante un proceso de aligeramiento de la sintaxis clásica, mediante el influjo de las lenguas modernas occidentales, en sintaxis y vocabulario, y mediante la reducción del caudal léxico clásico no directamente conectado con las necesidades de la vida moderna. El arranque decisivo de la prensa árabe como movimiento cultural de resonancia pública se produjo en el Líbano, fundamentalmente de la mano de cristianos, en un ambiente de floreciente actividad cultural.

Otro de los motivos que impulsaron a este renacimiento de la lengua árabe clásica adaptada a la modernidad fue el de la creación de las Academias de la Lengua Árabe. En 1919 se creó la de Damasco, *al-Majmaʿu l-ʿilmīyyu l-ʿarabī*, y en 1932 la de El Cairo, *Majmaʿu l-luġati l-ʿarabiyya*. Posteriormente se han ido creando otras Academias, como la de Irak, en 1947, la de Jordania, en 1976, o la de Rabat, llamada *al-Maktabu d-dāʾimu li-tansīqi t-taʿrīb*, “Oficina permanente para la uniformización de la arabización”, fundada en 1961, afiliada a la Liga Árabe y cuya aspiración es ejercer un papel de coordinación entre todos los esfuerzos de los distintos países árabes. En el año 1972 se constituyó una entidad supranacional, la Unión de Academias Lingüísticas Árabes, cuyo objetivo fundamental es organizar las relaciones entre las distintas Academias árabes y coordinar sus esfuerzos en todo lo relativo a la lengua árabe. Véase un ejemplo de la línea de trabajo de esta entidad en las páginas de Molina (1988:172-179), en las que se exponen las consideraciones y acuerdos tomados en una sesión celebrada en Argel (1976) sobre un aspecto concreto, el de la simplificación de la gramática árabe de cara a facilitar su aprendizaje en las etapas de escolarización. Sin embargo, las dos primeras Academias, las de El Cairo y Damasco, han sido siempre las de mayor prestigio y actividad. Cada una ha ido publicando las actas o los textos de sus reuniones, así como una revista periódica en la que se incluyen los trabajos de sus miembros. Los principales intereses de estas Academias son, tomando como ejemplo los de la de Damasco<sup>9</sup>, los siguientes:

- 1) preservar la pureza e integridad de la lengua árabe.
- 2) conseguir que el árabe se baste para afrontar las necesidades expresivas modernas.
- 3) hacer del árabe un medio de comunicación para el mundo moderno.

El primer punto enfatiza el deseo de proteger a la lengua árabe de amenazas externas que podrían corromperla, tanto desde las lenguas extranjeras como desde los propios dialectos árabes modernos, que son por lo tanto excluidos de toda actividad cultural. El árabe clásico moderno es la única variedad de árabe oficialmente reconocida. Esta declaración inicial de protección de la lengua árabe responde a una

<sup>9</sup> Véanse los objetivos iniciales de la Academia de El Cairo en el texto de apoyo n.º 9.

serie de intentos que hubo de renunciar a la lengua clásica en favor de los dialectos, sobre lo que puede verse el interesante estudio de Saʿīd (1964). E incluso se ha propuesto renunciar a la grafía árabe en favor de una grafía latina que pueda reflejar mejor la realidad fonológica de la lengua, sobre lo cual véase Bensallāma (1971). Las ideas al respecto de las Academias reflejan la concepción cuasimítica según la cual los dialectos no son sino formas “corruptas” debidas al contacto con otras lenguas de lo que antes fue “puro”. Véanse detalles sobre estas cuestiones en az-Zaydī (1987:361-404) o en Mūsà (1987:89-112). También responde en cierto modo al afán de proteger la lengua árabe frente a la enorme influencia que ejercieron las lenguas de los imperios coloniales, fundamentalmente el inglés y el francés, en buena parte del mundo arabófono, influencia que todavía se deja notar, no solamente por la existencia de situaciones de diglosia y bilingüismo, sino también por ese complejo que a menudo sufren los hablantes del árabe frente a las lenguas occidentales, lo que les lleva, por ejemplo, a renunciar rápidamente al uso del árabe en favor de cualquiera de las otras lenguas. Ello puede suceder también por esnobismo, lo que no deja en el fondo de ser otra manifestación más de un cierto complejo de inferioridad.

El segundo punto reconoce implícitamente las carencias del árabe, pero especifica que todo nuevo término o expresión habrá de conformarse a los moldes de la lengua árabe; los neologismos deberán adaptar su morfología a esquemas presentes ya en el árabe, siendo la traducción y la transliteración de términos extranjeros recursos últimos. Este punto alude fundamentalmente al deseo de poner freno al aluvión de términos y expresiones extranjeras que se deslizan en el árabe por vía de los medios de comunicación. Aquí es en realidad donde las Academias desempeñan su verdadero papel, el de trabajar para adaptar los neologismos y los préstamos al espíritu de la lengua árabe, como veremos a continuación.

El tercer punto admite la falta de flexibilidad y de difusión de la lengua árabe en el mundo moderno, y se propone subsanarla. Aquí las Academias se limitan a procurar difundir sus actividades y sus propuestas, pero sobre todo a insistir en la necesidad de intensificar los esfuerzos en el campo de la educación. Se trata de facilitar instrucción en árabe al mayor número posible de ciudadanos, de manera que las todavía altas tasas de analfabetismo desciendan hasta límites razonables. Son en realidad los gobiernos y sus departamentos de educación y cultura los que deben trabajar en este campo, aunque hoy en día tienen tanta o más influencia que la educación las emisiones en árabe de los distintos medios de comunicación (radio, prensa, televisión), que fomentan la difusión del árabe.

La labor preferente de las Academias ha sido y sigue siendo, naturalmente, la adaptación del léxico nuevo, tanto el procedente de otras lenguas (préstamos) como el árabe (neologismos). Existe en árabe un término, *tawlīd* “neologismo, generación (artificial)” que algunos lingüistas utilizan como término genérico para todo el proceso de creación léxica desde el siglo II de la Hégira hasta nuestros días, tal como hace Xalīl (1985:154-160), quien habla de *al-ʿarabiyyatu l-muwalladatu* para referirse a la lengua árabe no estrictamente antigua, caracterizada por la introducción de elementos nuevos, aunque hay otros autores que sólo contemplan el sentido peyorativo del

término, es decir, todo aquello que no es árabe, sino propio de los *muwalladūn* o muladíes, los clientes de etnia no árabe que se les asimilaron cultural y socialmente. Pues bien, en este proceso de creación léxica sería deseable una mayor unión entre los distintos centros de cultura árabes. Es tristemente cierto que unas y otras Academias difieren en ocasiones sobre los métodos a seguir en el proceso y las prioridades a respetar, lo que ocasiona, por ejemplo, que una de ellas repudie un término que otra favorezca, lo que conduce a falta de entendimiento o fragmentación, no muy frecuente de todas formas. En este sentido, sería recomendable que la institución común creada en el año 1972, la Unión de las Academias de la Lengua Árabe, de la que se trata en Molina (1988), tuviese un mayor ámbito de actuación y pudiese influir efectivamente en las políticas educativas de los países árabes de modo que los criterios aplicados fueran en lo esencial los mismos en todos los países arabófonos.

Recapitulando, puede decirse que lo más comúnmente aceptado a la hora de sancionar un nuevo término para un nuevo concepto, ordenando los procedimientos de más a menos recomendables, es lo siguiente:

- a) analogía morfoléxica o *qiyās* e *ištiqāq*.
- b) composición o *naḥt*.
- c) adaptación del préstamo o arabización: *taʿrīb*.
- d) préstamo puro o *daxīl*, *iqtirāḍ*.

a) el primer paso es tratar de buscar un término árabe para el nuevo concepto. El procedimiento aconsejado en primer lugar por las Academias es el del *qiyās* o analogía, que se suele definir, atendiendo a los gramáticos antiguos, como *istinbāṭu majhūlin min maʿlūm*, es decir, “forjar algo desconocido (nuevo) a partir de algo conocido”. Los gramáticos y lexicógrafos árabes, tanto antiguos como modernos, han estudiado a fondo este procedimiento, y han tratado de establecer las reglas precisas para llevarlo a cabo. A modo de ejemplo, pueden verse los criterios que la Academia de El Cairo propone para el *qiyās*, tal como están expuestos en Anīs (1977:15-17). En general esto quiere decir que se recomienda acudir a alguna de las raíces existentes en la lengua árabe y crear un nuevo término aplicando a esa raíz alguno de los esquemas nominales o verbales derivados que ofrece la morfología de la lengua árabe. Este procedimiento se conoce desde antiguo como *ištiqāq* “derivación morfoléxica”. Pero existe otra posibilidad dentro del *qiyās*, que es la adaptación de algún término ya existente en árabe antiguo a alguno de los nuevos conceptos, mediante extensión, reducción o concreción semántica, lo que podría calificarse de *ištiqāqun maʿnawī*. “derivación semántica”. Se prefiere, por lo tanto, buscar una voz genuinamente árabe que adaptar un préstamo (*taʿrīb*).

Por ejemplo, para expresar el concepto de “banco” existen dos vías. La primera es recibir el préstamo occidental, bien a través del inglés *bank*, bien a través del francés *banque*, y adaptarlo al árabe, cosa que en casos como éste resulta muy sencillo por la estructura de la palabra. La forma arabizada sería *bank*, que produciría a su vez un plural *bunūk*, con lo que se incorporaría al acervo léxico del árabe una nueva raíz {bnk} de la que podrían surgir a su vez nuevos términos derivados, tal como sucedió

en época antigua con el préstamo del persa *dīwān* “cancillería, registro, colección de poemas”, del cual se creó el verbo *dawwan* “registrar por escrito”, o tal como sucede con algunos verbos como *talfan* “hablar por teléfono”, o en el caso de “banco” *tabannak* “acumular dinero”. Pero esta derivación no es en general admitida salvo para casos específicos. La segunda manera de reflejar la voz occidental “banco” es la de buscar una voz árabe (*al-qiyāsu bi-l-ištiqāq*), para lo cual se ha recurrido a aplicar el esquema de nombre de lugar {mafʿil} a una raíz ya existente {ʃrf} “expedir, pagar, gastar, librar”, obteniéndose así el neologismo *maʃrif* “banco (lugar de pago)”. Es evidente que este procedimiento, que es el primado por las Academias, resulta más elaborado y por tanto más lento que el otro, por lo que no siempre triunfa en la lengua. Existen muchos casos en los que el término árabe acuñado por la Academia ha llegado a imponerse sobre el préstamo puro o adaptado, como en *qiṭār* “tren” (la voz significaba anteriormente “caravana”), *ʃaʃabiyya* “nerviosismo” (esta voz, como tal, aludía al partidismo o la cohesión interna de la tribu o el clan, pero el sustantivo *ʃaʃab* significa “nervio”), frente a la adaptación *narfaʒa*, o la voz *sayyāra* “automóvil” (originalmente “caravana”), pero también hay otros casos en los que se ha terminado por imponer el uso inicial del préstamo, con adaptación a la estructura del árabe, como en *farmala* “freno”, frente a la forma árabe recreada *mikbaḥ* (instrumento para frenar, derivado de una raíz {kbḥ} “retener, controlar las riendas”), *tāksī*, plural *takāsī* o *tāksiyāt* frente a *sayyāratu ujra* “coche de alquiler”, para “taxi”, o *trām* frente al derrotado *jammāz* (originalmente “asno rápido”) para “tranvía”. También hay algunos conceptos en los que sobreviven ambas posibilidades, con lo cual será el discurrir del tiempo y la actitud de los hablantes lo que determinará que se imponga el uso de una sobre la otra: *fāks* frente al todavía no muy usado *nāsūx* para “fax”, *kumbiyūtir* frente al cada vez más usado *ḥāsūb* (el que calcula) para “ordenador”, *tilifūn* frente a *ḥātīf* “el que habla desde lejos sin ser visto” para “teléfono”, o el mismo *bank* frente a *maʃrif* para “banco”. Otros ejemplos de creación léxica<sup>10</sup> (o simplemente de extensión semántica) por analogía pueden ser las voces *imḍāʔ* con el sentido específico de “firma en un documento”, no con el general y antiguo de “ejecución”, *ijāza* en el sentido de “vacación”, ampliación del sentido clásico de “licencia, autorización”, *taʃaḥḥur* “desertización”, *tajmīd* “bloqueo, paralización”, *insihāb* “retirada”, a partir de un transitivo *saḥab* “arrastrar, extraer”, *ʃudfa* y *muʃādafa* “casualidad”, ambos a partir de un significado inicial de “encuentro”, *ṭābaq* “ piso, planta”, *mutafarrij* “espectador”, a partir del sentido de “distracción, alivio [de las penas]” que tiene el *maʃdar furja*, o *miʃdāqiyya* “credibilidad”.

Sucede en no pocas ocasiones que, en el proceso de acuñación de un término nuevo para una realidad nueva, se presentan diversas alternativas. La elección de una u otra dependerá del uso y de la zona del mundo árabe de que se trate. Es lo que puede verse, por ejemplo, en las diversas formas que hay de decir “teléfono móvil”, que son, a saber, (*ḥātīf*) *xalawī*, que calca el término inglés *cellular phone*, término muy difundido en Oriente Medio, *maḥmūl* lit. “transportable”, *naqqāl/mutanaqqil* lit. “que se transporta”, *sayyār* lit. “que se desplaza” e incluso el galicismo en uso en el Norte

<sup>10</sup> Tomados de Dayf (1990:159-94), que defiende que se trata de neologismos correctos, a pesar de que en círculos puristas puedan ser tachados de “extraños” a la lengua árabe.

de África *portable*.

De acuerdo con las recomendaciones de las Academias que se reproducen en az-Zaydī (1987:306), el sistema del *taʿrīb* debe restringirse, y cuando no hay más remedio, a aquellas voces de marcado carácter técnico y de escasa frecuencia de uso en la lengua. Sin embargo, debe hacerse el esfuerzo de encontrar un equivalente árabe mediante el proceso analógico para todas aquellas voces que resulten de uso común en la lengua.

Existen algunos esquemas nominales de los que dispone la morfología del árabe que resultan muy productivos para verter los nuevos conceptos. Los más usados son los siguientes:

1. *fuʿāl* para indicar enfermedad o patología: *fuṣām* “esquizofrenia”, a partir de una raíz {fʃm} con el sentido general de “quebrar, separar”, *šugāf* “endocarditis”, *zūkām* “catarro”.

2. *fiʿāla* para indicar profesión o especialidad: *šiḥāfa* “prensa, periodismo”, *ṭibāʿa* “imprensa”

3. *miʿʿal(a)* o *miʿʿāl* para instrumentos: *miʿʿad* “ascensor” (instrumento para subir), *mirwaḥ(a)* “ventilador” (instrumento para producir aire) o *miḥrār* “termómetro” (instrumento para medir temperatura).

4. *maʿʿal(a)* para el nombre de lugar: *marfaʿ* “puerto” (lugar de atraque), *masraḥ* “teatro” (lugar de manifestación y expresión), o *maʿlama* “enciclopedia” (lugar de saber), ésta última en competencia con *mawsūʿa* y sobre todo con *dāʿiratu l-maʿārif*, traducción del término occidental que parece imponerse.

5. el sufijo de *nisba* más el sufijo de femenino forman un compuesto que se conoce en árabe como *maʿdarun šināʿī* o “nombre de acción industrial” que se utiliza a menudo para traducir al árabe los sustantivos que, terminados con el sufijo *-ismo*, indican la doctrina, actividad o actitud humana: *ištirākīyya* “socialismo”, *taqaddumiyya* “progresismo” o *inhizāmiyya* “derrotismo”.

6. otros procedimientos de menor uso son los de añadir algún sufijo para matizar el término. Es lo que se ha propuesto, por ejemplo, para traducir los términos *fonema* y *morfema*, que podrían expresarse como *ṣawtam*, que se basa en *ṣawt* “voz” más un sufijo nasal y *ṣayḡam*, formado a partir de *ṣiḡa* “forma, esquema morfológico”, aunque hay que decir que lo más frecuente son las adaptaciones del préstamo *fūnīm* y *mūrfīm*. También hay algún caso de infijo, como en *ṣawlama* “globalización, mundialización”.

b) Una segunda posibilidad disponible es la de recurrir a la composición o *naḥt*, que consiste en la fusión de dos o más palabras en una, casi siempre con reducciones y eliminaciones en una o en todas ellas. Se trata de un procedimiento controvertido y

que los académicos recomiendan en general manejar con cuidado por un sencillo motivo: las palabras así obtenidas corren el peligro de salirse de los cauces habituales de la lengua y de ofrecer un aspecto ajeno, irreconocible. En este sentido, hay quienes se oponen a este sistema de forma radical, quienes mantienen una postura intermedia y quienes están decididamente a favor. Entre las Academias, parece que la de Bagdad es claramente partidaria del *naḥt*, mientras que la egipcia lo considera útil pero sólo cuando no hay otro recurso a mano. Es cierto que en ocasiones las propuestas de composición derivan en voces poco reconocibles y estéticamente inapropiadas, como puede ser el caso de *nafsajismī* o *nafsajī* “sicosomático”, compuesto de *nafsī* “síquico” y *jismī* “somático”, o *qabtārīx* “prehistoria”, formado de *qabl* “antes” y *tārīx* “historia”, o *taḥṣuṣūrī* “subconsciente”, compuesto por *taḥt* “bajo” y *ṣuṣūrī* “perceptivo, consciente”. Pero no es menos cierto que la lengua árabe ha venido utilizando el procedimiento de composición, no con demasiada frecuencia, pero sí con regularidad, para expresar de forma abreviada algunas nociones, como en *basmal* “pronunciar la *basmala*”, *ḍabṭar* “enérgico, fuerte”, formado de *ḍabṭ* “control” y *ṣabr* “paciencia” o *ṣabṣamī* “del linaje de ṣabd aṣ-ṣams”, compuesto de *ṣabd* y *ṣams*, los elementos de dicho antropónimo. Además, el proceso de la composición, entendido en un sentido amplio, permite verter al árabe algunos conceptos que las lenguas occidentales expresan mediante prefijos, como *indiferencia*, que se puede traducir como *lāmubālāt*, o *asocial*, que puede ser *lāʔijtimāʔī*, o *centrífugo*, que puede ser *ṣanmarkazī*. Otros compuestos más enraizados en la lengua son *barmāʔī* “anfibia”, compuesto de *barr* “tierra firme” y *māʔ* “agua”, o *māhiyya* “salario, sueldo”, o *šibhu jazīra* “península”. En definitiva, puede decirse que la composición es un recurso aceptable aunque de uso poco frecuente.

c) La tercera vía, que ya hemos comentado al hablar de la primera, es la de la arabización del término extranjero o *taṣrīb*<sup>11</sup>, es decir, aceptar la voz extranjera pero adaptándola a la fonética y morfología del árabe de manera que resulte lo menos extraña posible y lo más fácil de pronunciar que se pueda. Como ya hemos mencionado, las Academias se muestran en general reacias a emplearlo, y sólo deben admitir a regañadientes su uso cuando está ya tan extendido que resulta difícil o imposible erradicarlo, como sucede con voces modernas como *tilifīzyūn* “televisión”, que se ha arabizado como *talfaza* “televisión” y como *tilfāz* “televisor”, aplicando el esquema de nombre de instrumento. Sin embargo, éste ha sido el procedimiento más comúnmente empleado en etapas antiguas de la lengua. El árabe clásico de fase antigua tomó por este procedimiento una gran cantidad de voces persas, arameas, griegas, latinas, etiópicas y sudarábigas, tal como detallábamos en el tema sexto, y que, de proceder de lenguas semíticas, se integran muy bien en la morfología del árabe hasta el punto de ser difícilmente identificables por su apariencia. Pero, de proceder de lenguas no semíticas como el persa, griego o latín, a menudo conservan un aspecto morfológico que denuncia su carácter de préstamos más o menos arabizados.

d) La cuarta vía y la menos recomendable sería la adopción del préstamo, *daxīl* o

<sup>11</sup> No debe confundirse el término *taṣrīb* en el sentido técnico que aquí se aplica de “adaptación a la morfofonología del árabe de un préstamo” con su sentido más amplio de “política de arabización”.



*iqtirād* sin cambio ninguno en su estructura. Generalmente, el préstamo extranjero es en un primer momento recibido tal cual es en la lengua fuente, pero en un plazo brevísimo de tiempo comienza a sufrir la transformación o adaptación que permite integrarlo en el árabe, es decir, que pasa rápidamente de *daxīl* a *muṣarrab*. Es quizá en los campos más técnicos y especializados donde hay una mayor frecuencia de préstamos sin alteraciones, o con alteraciones mínimas, de modo que no se produzca la integración morfológica, aunque sí la fonética. Es lo que sucede con voces como *tumūbil* “automóvil”, *tilifizyūn* “televisión”, *rādiyū* “radio” o *fīdiyū* “video”.

A un nivel superior, se puede hablar también de un importante movimiento de traducción de estructuras sintácticas y fraseológicas de uso frecuente en lenguas occidentales. Como consecuencia de la urgencia en el trabajo constante de traducir los teletipos y las noticias recibidas desde los países de habla inglesa y francesa, se introducen en la lengua árabe toda una serie de calcos sintácticos y semánticos. La actitud de las Academias en este sentido es bastante conservadora, puesto que rechaza el calco extranjero cuando la lengua árabe permite un equivalente. El problema es que no todos los traductores son capaces de encontrar con facilidad esos equivalentes árabes, por lo que con frecuencia recurren a “traducir” la expresión occidental. La abundancia de estos calcos ha proporcionado a la lengua de los medios de comunicación un sabor especial, donde la fonética, la morfología y el léxico se mantienen esencialmente fieles al espíritu de la lengua árabe, pero donde la sintaxis y la fraseología reciben un influjo importante de otras lenguas. Es lo que Blau denomina *standard average European phrase structure*.

Algunas ocurrencias de calcos semánticos y sintácticos a partir del inglés y del francés fundamentalmente pueden ser, siguiendo en general los ejemplos incluidos en las obras de Xalīl (1985:670-672) y Holes (1995:256-257): *ṣumlatur ṣaṣba* “divisa”, traducción del inglés *hard currency* con lo cual el adjetivo *ṣaṣaba* adquiere un valor que no tenía en árabe, *as-sayyidatu l-ʔūlā* “primera ministra”, calco del inglés *prime minister* o del francés *premier ministre*, *naṣību al-asad* “la parte del león”, calco de la conocida expresión occidental, *ibtisāmatun hādīʔa* “sonrisa tranquila”, probablemente del inglés *calm smile*, *ṣamaliyyatu s-salām* “el proceso de paz”, que en árabe tradicional significaría algo así como la “práctica” o la “acción” de la paz, *asliḥatu d-damāri š-šāmīl* “armas de destrucción masiva”, donde choca la asociación del adjetivo *šāmīl* con el sustantivo *damār*, puesto que en árabe no tiene claro sentido, *qatlu l-waqt* “matar el tiempo”, asociación verbo y objeto no conocida en árabe antes, *juyūbu l-muqāwama* “bolsas de resistencia”, que calca el inglés *pockets*, sentido figurado que el árabe no contemplaba, *sayyāratun ʔāliya l-ʔadāt* “automóvil de altas prestaciones”, donde el uso del adjetivo *ʔāliya* no casa con lo normal en árabe, que habría sido quizá emplear otro adjetivo como *rafiʔa* o *rāqiya*, *šāʔirun lāmiʔ* “poeta brillante”, con lo cual el adjetivo *lāmiʔ* se aplica a personas con el valor de “destacado, sobresaliente”, *aṣṭā waʔda(n)* “dar una promesa”, calcado del inglés *to give a promise*, cuando el verbo *aṣṭā* no posee ese valor en árabe, *aṣṭā ṣawtahu fī l-intixābāt* “dio su voto en las elecciones”, donde sucede lo mismo, *iṣṭāʔu ḍ-ḍawʔa l-ʔaxḍar* “dar luz verde”, *lā jadīda taḥta š-šams* “no hay nada nuevo bajo el sol”, que es calco de expresión hecha, *laṣība dawra(n)* “jugó un papel”, calcado del inglés *to play a role* o del francés *jouer*

*un role*, expresión que ya ha cobrado carta de naturaleza en la lengua, justo lo mismo que ha sucedido en español, reemplazando a otras anteriores, *istanaqa fikra* “abrazó una idea”, calcado también del inglés *to embrace an idea*, dando al verbo un sentido metafórico no atestiguado en árabe hasta entonces, y todo tipo de calcos fraseológicos, como *wadaʿa n-nuqaṭa fawqa l-hurūf* “puso los puntos sobre las íes (las letras)”, donde la expresión subyacente es el francés *mettre les points sur les ii*, *darra r-ramāda fī l-ʿuyūi* “lanzó ceniza (polvo) en sus ojos”, tomada, al parecer, del inglés *to throw dust in the eye*.

A esta lista de calcos podrían añadirse muchos otros, pero nos parece que los aquí citados pueden ser suficientes para hacerse una idea de cómo el árabe clásico de fase moderna, y en especial el lenguaje de los medios de comunicación, que al fin y a la postre es el que más influye en los hablantes, recibe ingredientes semánticos y fraseológicos de otras lenguas y va cambiando en cierto modo su estilo semántico y aun sintáctico.

Toda esta serie de cambios en la esfera del léxico, de la fraseología y de la sintaxis han impulsado a algunos investigadores occidentales a proponer una designación distinta para este árabe clásico o estándar de nuestros días. Así, se habla en inglés de *Modern Standard Arabic* o de *Modern Literary Arabic*, en francés de *arabe moderne* o *arabe littéraire moderne*, en alemán de *Neuhocharabisch*, y en español, que es la lengua que aquí estamos manejando, de *árabe estándar moderno* o de *árabe culto moderno*. Sin entrar en demasiadas disquisiciones sobre la pertinencia de unos u otros términos, puesto que ya hemos tratado estas cuestiones terminológicas al principio de este libro, nos decantamos por utilizar en español la designación *árabe clásico (o estándar) moderno* cuando queramos especificar y referirnos a esta fase concreta del árabe. La pregunta que debemos hacernos a continuación es si esta novedad terminológica está de algún modo justificada. Es decir, si la variación entre el árabe clásico de fase antigua y el de fase moderna afecta de forma seria a su estructura, de modo que se justifique hablar de dos lenguas distintas, o de dos variedades diferentes, y no únicamente de dos fases cronológicamente dispares de una misma lengua. La respuesta a ello será necesariamente subjetiva, puesto que es difícil cuantificar la variación en términos precisos. Pero sí que podemos acercarnos de forma ordenada a las diferencias entre uno y otro.

Hemos visto ya que en el terreno del léxico y de la fraseología hay importantes cambios debidos al influjo de otras lenguas, pero también, y esto en primer lugar, al propio desarrollo interno de una lengua en fase de crecimiento rápido. Ahora bien, ¿se trata de un cambio tan significativo que pueda hablarse de una convulsión radical en el vocabulario? Probablemente no, porque no parece un fenómeno de proporciones mucho más grandes que el que se ha dado en muchas otras lenguas en fase de adaptación, sin que por ello su estructura se haya visto modificada radicalmente. En este sentido la idea más aceptada entre los árabes es que se trata de distintas fases de una misma lengua, y como tal se refleja en el término que utilizan, *al-ʿarabiyya* o *al-ʿarabiyyatu l-fuṣḥà* para referirse indistintamente a cualquiera de sus fases. El uso del término *al-ʿarabiyyatu l-muʿāṣira* parece más bien un calco del inglés no

generalmente aceptado. Sin embargo, en las lenguas occidentales se insiste más en la particularidad de la fase moderna, para la que se acuñan términos diversos que acabamos de ver.

En el terreno de la fonética y de la fonología, no hay demasiados cambios, o por lo menos no son muy visibles ni a partir de textos escritos ni de actuaciones formales orales. Es cierto que el sistema fonológico de cada zona impone una realización particular del árabe estándar en cada lugar, lo que afecta a la pronunciación de determinados sonidos, y también al ritmo y prosodia de la lengua. Pero esto ha debido ser así desde tiempos muy antiguos, tal como es esperable en una lengua unificada y consensuada que todos utilizan pero que nadie recibe como primera lengua o lengua materna. Sabemos, además, que la mayor parte de las variaciones fonéticas y fonológicas que se detectan en la realización del estándar se atestiguan desde hace siglos en el árabe medio y en los dialectos antiguos. El hecho de que el árabe estándar sea una lengua oficial y venerada ha favorecido una tradición muy conservadora en lo que respecta a su estructura fonológica.

Por lo que respecta a la morfología, tampoco se registran cambios espectaculares. En la línea del respeto a la tradición, no se detectan apenas esquemas nuevos o normas innovadoras. De lo que se puede hablar es de que hay una clara tendencia al abandono de ciertos esquemas morfológicos, como el modo enérgico del imperfectivo verbal, que ya no tiene apenas vigencia, o las formas verbales derivadas menos conocidas. También se produce una reducción en el número de los esquemas de plural fracto con uso frecuente, así como el desuso de determinadas marcas y funcionales, como la negativa *qaṭṭu*, las exceptivas *ḥāša* y *mā xalā*, por poner algunos ejemplos. También es notable que algunos otros esquemas y procedimientos morfológicos ganan terreno, como sucede con el esquema *faʿʿāl* para el nombre del que ejerce una profesión, o el del sufijo de *nisba* más /-t/ para marcar la actividad ideológica.

Pero es en el terreno de la sintaxis donde más se nota el cambio de la fase antigua a la fase moderna. En este sentido, el lenguaje de los medios de comunicación ofrece un excelente terreno de análisis. De entre los rasgos más destacados como novedades en este terreno, y tomando como modelo el lenguaje de los medios de comunicación, se pueden destacar los siguientes:

1. mayor tolerancia a la interrupción de la rección nominal o *iḍāfa*, que no admite en principio la inclusión de ningún elemento entre el regente y el regido<sup>12</sup>. Así, una estructura como “secretario general de Hezbolla” se diría, en puridad, *amīnu ḥizbi l-lāhi l-ʿāmm(u)*, colocando el adjetivo “general” al final de la estructura. Pero en lengua moderna es frecuente la introducción de una partícula de genitivo, generalmente /l-/, a fin de evitar el desplazamiento del adjetivo con respecto al

<sup>12</sup> Esta es la opinión generalizada entre los lingüistas árabes. Pero véase Dayf (1990:116-121), que pone de relieve la existencia de ejemplos antiguos de interrupción de la *iḍāfa* y admite las construcciones modernas similares, ciertamente muy difundidas hoy en día en el lenguaje de la prensa y los medios de comunicación.

sustantivo que califica (especialmente en títulos, cargos y nombres oficiales), lo que produce *amīnun ṣāmmun li-ḥizbi l-lāh*. Incluso puede en algunas ocasiones encontrarse estructuras sin el conector de genitivo, es decir: *amīnu(n?) ṣāmm(u?) ḥizbi l-lāh*<sup>13</sup>. Otro ejemplo similar, proporcionado por Dayf (1990:6), es *wakīlu(n) awwalu l-wizāra* “viceministro”. Obsérvese la vacilación en la asignación de vocales de flexión. Otra posible interrupción de la *iḍāfa* consiste en la introducción de otro sustantivo regente entre los dos elementos de la rección. Por ejemplo, se puede leer *afkāru wa-ṣtiqādātu l-muʿallif* “las ideas y creencias del autor”, en lugar de lo correcto y sancionado por la gramática, que sería en este caso *afkāru l-muʿallifi wa-ṣtiqādātuh*. Otro ejemplo: *maqṭalu maliki wa-malikati nībāla bi-yadi waliyyi l-ṣahd* “la muerte del rey y la reina del Nepal a menos del heredero al trono”<sup>14</sup>. En la difusión de esta estructura, que se documenta al menos desde el árabe medio, puede desempeñar un papel importante el calco de estructuras similares en lenguas occidentales internacionales.

2. tendencia al uso de pasivas expresadas no mediante el verbo no agentivo de marcación interna, sino a través de un verbo comodín como *tamm* “completarse, llevarse a cabo, tener lugar” seguido del *maṣdar* correspondiente al verbo que en árabe de fase antigua aparecería en voz no agentiva. Es la diferencia entre una frase como *tamma iṣlānu l-ḥarbi l-ʔūlā* “tuvo lugar la declaración de la primera guerra” y otra como *uṣlinati l-ḥarbu l-ʔūlā* “fue declarada la primera guerra”. En ambos casos el significado es en realidad el mismo, aunque se observa una tendencia a utilizar la segunda, la pasiva interna, para reflejar una acción puntual, inesperada o repentina, mientras que la primera expresión, la de la pasiva perifrástica, suele implicar que la acción es consecuencia de una cierta elaboración, del punto final de un proceso. Otros ejemplos de estas construcciones pueden ser: *tamma qtiyādu l-bawāxiri l-ʔisbāniyyatu ilā mīnāʔi ṭanja* “tuvo lugar la conducción de los barcos españoles hacia el puerto de Tánger”, *inna jarīdata l-ṣarabi lam yatimma irsāluhā ilā l-maḡrib* “el periódico *al-ṣarab* no ha sido enviado a Marruecos”, o *tamma daḥru l-quwwāti l-ʔisrāʔiliyyati l-muḥtalla* “se llevó a cabo la expulsión de las fuerzas israelíes ocupantes”, y un sinnfín de numerosos ejemplos de esta perífrasis. De todas formas, hay que advertir que los verbos de percepción, actividad mental o emocional no suelen admitir esta construcción, sino que prefieren el uso de la voz no agentiva de marcación interna, puesto que no suelen formar parte del suceso que se está relatando, sino que se trata más bien de comentarios externos o ideas genéricas. Además, lo más común es que se construyan en imperfectivo: *yusṭabaru ḥaḍa l-ʔijrāʔu min aḥsani l-ʔijrāʔāti l-mumkina* “esta medida se considera una de las mejores medidas posibles”, pero no *\*yatimmu ṣtibār...*, que resulta inapropiado. El correlato agentivo de este tipo de expresiones es el verbo *qām* que, utilizado con la preposición *bi-*, significa “llevar a cabo”, y es muy frecuente en la lengua de la prensa, donde se tiende a decir *qāma bi-ziyārati l-madīna* “llevó a cabo una visita a la ciudad” en lugar de *zāra l-madīna* “visitó la ciudad”.

<sup>13</sup> Así hemos leído recientemente el subtítulo que identificaba al entrevistado en un programa de la cadena internacional árabe *al-Jazīra* emitido el 12-10-2000.

<sup>14</sup> Así aparecido en el sitio en internet de *al-Jazīra* (*aljazeera.net*, 2-6-2001).

3. Otra característica conectada con el uso de voz no agentiva es la expresión del complemento agente mediante las extensiones preposicionales *min qibal* y *min ʔaraf* “por parte de”, utilizadas tanto en verdaderas pasivas como en pasivas perifrásticas: *uʕtuqila s-sāriq min ʔarafi š-šurʔa* “el ladrón fue detenido por la policía” o bien *tamma ʔafru l-xandaqi min qibali l-quwwāti l-ʔisrāʔiliyya* “se llevó a cabo la excavación de la trinchera por parte de las fuerzas israelíes”. Con este procedimiento se viola claramente una de las normas de la gramática clásica, que especifica que las oraciones no agentivas no deben incluir la mención del agente<sup>15</sup>. El motivo parece ser la traducción rápida de noticias occidentales en las que las estructuras pasivas son frecuentes<sup>16</sup>.

4. Existe también una tendencia a utilizar estructuras y oraciones nominales en lugar de oraciones con verbos finitos. Se desarrolla ampliamente para ello una posibilidad de la lengua árabe: el uso del *maʕdar* sustituyendo a las formas finitas del verbo. En lugar de utilizar, por ejemplo, una frase como *yuʕtabaru anna...* “se considera que...”, se puede utilizar una nominalización, del estilo de *hunāka ʕtibārun anna...* “hay la consideración de que...”, lo que ofrece una sensación de mayor objetividad y menor especificación. Por ejemplo, en un contexto en el que se hable de la necesidad de combatir el hambre en el mundo, se puede leer algo como esto: *wa-li-l-ʔuʕūli ʕalā taxfīdi nisbati l-muʕābīna bi-muʕkilati l-jūʕi lā budda min ʕamalin mustamirr* “para conseguir la reducción de la proporción de afectados por el problema del hambre, es preciso un trabajo constante”, donde se han utilizado estructuras nominales que no especifican el sujeto de quien se espera ese trabajo.

5. Se produce también una cierta indeferenciación entre los matices, a veces sutiles, que distinguen unas marcas negativas de otras. Así, se tiende a utilizar la negativa *lam* + apocopado en todos los contextos y con todas las personas, cuando en la lengua clásica de fase antigua se solía preferir el uso de *mā* + perfectivo para estilo directo, especialmente con la primera persona. Quizá haya influido en ello que la negativa *lam*, por estar ligada al árabe estándar y no usarse en dialecto, ha sido asociada con un estilo más literario, mientras que *mā* tiende a evitarse por el motivo contrario. Véase la interpretación de estos hechos que realiza Larcher (1994).

6. Un asunto de importancia es el del orden de las palabras en la frase. Suele decirse que el orden habitual de los elementos de la frase verbal en árabe estándar clásico es VSO, y que en el árabe estándar de fase moderna se ha producido un cambio hacia SVO, que cada vez es más frecuente. Es probablemente cierto que, quizá como influjo de las lenguas occidentales de difusión interaccional (francés e inglés), en los que el sujeto se coloca casi siempre delante del verbo, el árabe estándar moderno tenga una cierta tendencia hacia la dicha inversión del orden. Pero el factor que realmente

<sup>15</sup> Pero véanse violaciones esporádicas a esta norma en fases antiguas del árabe, de acuerdo con las notas de Retsö (1983:25-46)

<sup>16</sup> Esto nos recuerda el creciente uso en español de la pasiva refleja con el complemento agente, que tiende a imponerse al uso de la pasiva real: *se ha promulgado un decreto por el Consejo de Ministros*, en lugar de *ha sido promulgado un decreto por el Consejo de Ministros* o, más sencillamente, *El Consejo de Ministros ha promulgado un decreto*.

importa aquí es el tipo de texto y su intención. En un periódico, por ejemplo, es frecuente encontrar en el titular de una noticia el orden SVO, puesto que interesa destacar al sujeto de la acción. Pero en el cuerpo del texto el orden más frecuente será el contrario, el de VSO, puesto que ahora se trata de dar cuenta de los hechos de forma objetiva. En una noticia sobre la visita del príncipe heredero de Marruecos a Egipto leemos en el titular lo siguiente: *waliyyu l-Ṣahdi yuwāṣilu ziyāratahu li-miṣr* “el príncipe heredero prosigue su visita a Egipto”, mientras que en el cuerpo del texto se lee: *qāma waliyyu l-Ṣahdi... bi-ziyāratin li-l-markazi t-taqāfiyyi l-qawmī* “el príncipe heredero... efectuó una visita al Centro Cultural Nacional”. Otro ejemplo de titular: *ṭājākistānu tarǧabu fī l-inḍimāmi ilā munazzamati l-muṭamari l-iṣlāmī* “Tajikistán desea ingresar en la Organización de la Conferencia Islámica”, mientras que en el cuerpo se lee: *aṣrabat jumhūriyyatu ṭājākistāna ṣan raǧbatihā fī l-inḍimāmi ilā munazzamati l-muṭamari l-iṣlāmī* “la república de Tajikistán ha expresado su deseo de ingresar en la Organización de la Conferencia Islámica”.

Este asunto, el del orden de palabras, es abordado recientemente por Dahlgren (1998), que realiza un completo estudio basado en múltiples textos de árabe dialectal moderno, pero no de árabe estándar. A la hora de analizar los datos, se impone una distinción básica entre dos elementos presentes en el texto. Por un lado está lo que se denomina *foreground*, es decir, la narración secuencial cronológicamente ordenada, y el *background*, es decir, todo aquello que viene a romper la secuencia de la narración (excursus, descripciones, saltos cronológicos, hechos no directamente relacionados con los acontecimientos narrados, etc...). La conclusión que obtiene Dahlgren de su minucioso estudio estadístico es que la mayoría de las variantes del árabe dialectal moderno se inclinan por el orden VS para el *foreground*, que puede considerarse como el elemento básico o no marcado del texto, y por el orden SV para el *background*. Las excepciones principales son los dialectos de Anatolia, donde el sustrato turco parece el responsable, y los dialectos egipcios, sobre los que los textos son en cierto modo contradictorios. Esta conclusión viene a contradecir abiertamente lo que se ha venido afirmando, al menos para los dialectos neoárabes, de un cambio en el orden tradicional VSO hacia SVO. Sin embargo, no procede extrapolar estas conclusiones, válidas ciertamente para el árabe dialectal, a los textos del árabe estándar, para los que todavía no disponemos de estudios científicos del estilo del de Dahlgren (1998), por lo que tenemos que contentarnos de momento con impresiones del estilo de las expuestas en el párrafo anterior. Además, también hay que precisar que los textos que se utilizan son menos “espontáneos” que el dialecto en su estado natural, en conversación de tipo no formal, donde la impresión que uno recibe es que la frase comienza con el sujeto y en menos ocasiones con el verbo.

7. La necesidad de reproducir algunas estructuras occidentales provoca la creación de fórmulas nuevas, o más bien la explotación frecuente de formas existentes pero poco usadas. Es lo que sucede con el verbo *aṣād* “hacer que algo vuelva”, que, seguido de un *maṣdar*, sirve para traducir los verbos occidentales con prefijo *re-*: *aṣāda tanzīm...* / *ntixāb...* / *kṭiṣaf...* “ha reorganizado... / reelegido... / redescubierto...”. Otro uso del mismo estilo es de la voz *ṣadam* “falta de, ausencia de”, para traducir sustantivos occidentales con prefijos negativos que indican

privación: *ʕadamu l-istiqrār / l-wujūd / l-inḥijāz* “inestabilidad, inexistencia, imparcialidad”. Para verter al árabe lo que las lenguas occidentales expresan con compuestos a base de *multi-* o *poli-*, el árabe puede utilizar el participio adjetival *mutaʕaddid* “numeroso de”, como en *mutaʕaddidu l-aṭrāf / l-jinsiyyāt / l-istiʕmālāt* “multilateral / multinacional / multiusos”. De la traducción del sufijo occidental *-ism* mediante el llamado *maṣdar ʕināʕī* ya hemos visto algunos ejemplos al hablar de la creación del léxico árabe moderno.

8. la lengua moderna tiende en general a favorecer el uso de marcas de futuro y de pasado para precisar los valores aspectuales del verbo. En este sentido es mucho más frecuente el adverbio de futuro *sa-* o *sawfa*, y el verbo *kān*, combinado con la partícula *qad*, para marcar tiempos pasados, en especial el pluscuamperfecto. En esto el árabe estándar es mucho más conservador que los dialectos neoárabes, que han desarrollado una asombrosa variedad de “preverbios”, o elementos que, prefijados al verbo, le aportan algún matiz aspectual o temporal (concomitancia, futuro, incoativo, habitual, iterativo, ingresivo, frustrativo,...).

9. Hay toda una serie de estructuras sintácticas que el árabe moderno tiende a no utilizar, bien por su complejidad, bien por su poca productividad. Así, por ejemplo, la gran variación que había en fase antigua en las estructuras condicionales, tanto en marcas como en modos y tiempos verbales, se ha simplificado mucho en los tiempos modernos. Igual sucede con los usos menos frecuentes de los modos verbales (subjuntivo y apocopado), o con las estructuras negativas, que tienden a simplificarse.

### **Orientación bibliográfica**

No hay demasiada información sobre la lengua árabe en la larga época de decadencia que sufrió, pero es interesante consultar el completo trabajo de Xalīl (1985), que ofrece un punto de vista interesante, basado en no despreciar por sistema el árabe de esas épocas. Sobre los acontecimientos que propiciaron el renacimiento cultural, véase la obra clásica de Hourani (1967). Los hechos concretos de Egipto y su influencia en la lengua son tratados por ʕumar (1970).

Sí que hay abundante información sobre la actividad de las Academias árabes de la lengua. Además de las revistas que editan con regularidad, pueden verse notas sobre sus inicios en Chejne (1969:104). Sobre su formación y actividades, Xalīl (1985:579-604) y Altoma (1974), que habla del papel de las academias en la educación. Sobre la Academia de Damasco en particular véase Hamzaoui (1965). Sobre la de El Cairo hablan Hamzaoui (1975), el-Khafaiḥi (1985) y Xalīl (1985:609-628), que incluye cuasi transcripciones de algunas sesiones iniciales de especial relevancia.

También hay mucha bibliografía sobre el proceso de formación y adaptación del léxico árabe a las necesidades de expresión modernas. Además de obras de referencia e introducciones históricas sobre la adquisición de préstamos en otras fases del árabe, como las de Haywood (1965), Schall (1982) o Gätje (1985), pueden verse estudios ya referidos a la situación actual del léxico en Monteil (1960), Stetkevych (1970), Xalīl

(1985:71-141), az-Zaydī (1987:269-360) o Ṣāliḥ (1994:314-327). Ali (1987) ofrece abundante información sobre el desarrollo del vocabulario científico, que ha originado la publicación reciente de numerosos glosarios y diccionarios técnicos, del cual puede ser ejemplo el que Baalbaki (1990b) dedicó a la terminología lingüística. Una reciente e interesante obra de síntesis sobre las posibilidades y recursos de creación léxica de la lengua árabe es la de Roman (1999).

Como obras de referencia sobre la fase moderna del árabe estándar, tenemos los trabajos iniciales de Monteil (1960), Stetkevych (1970), Beeston (1970) o el resumen de Wild (1982), pero quizá el más completo es el de Cantarino (1974-5), que incluye muchos textos de muestra, aunque casi siempre de extracción literaria. Otros trabajos recientes y completos son el de Roman (1983), centrado en fonología y morfología, pero sobre todo el de Holes (1995a) que trata de abarcar tanto el árabe estándar como los dialectos, y que es un buen punto de referencia, aunque no es una gramática *strictu sensu*. Echamos de menos en este sentido los trabajos modernos escritos por los árabes, quizá porque no nos son por ahora demasiado accesibles, o quizá porque la concepción de la lengua árabe como un todo cronológicamente monolítico ha impedido la elaboración de mejores materiales. Los diccionarios de árabe moderno más manejables y completos son el de Wehr (1979), que es una cuarta edición en inglés muy ampliada, y en español el reciente y meritorio trabajo de Cortés (1996), que toma como base un despojo exhaustivo de multitud de textos modernos, tanto de prensa como literarios.

Sobre la lengua de la prensa, además de las interesantes observaciones de Holes (1995a:255-274), existen dos buenos y recientes manuales, uno de ellos en inglés, de Ashtiany (1993), y el otro en español, obra de Carandell, Teziti y Sánchez Ratia (1993).



### Referencias bibliográficas

- A.S.M. Ali (1987), *A linguistic study of the development of scientific vocabulary in Standard Arabic*, Londres y Nueva York.
- S.J. Altoma (1974), "Language education in Arab countries and the role of the academies", en *Advances in Language Planning* (ed. J. Fishman), 279-313, La Haya.
- J. Ashtiany (1993), *Media Arabic*, Edimburgo.
- R. M. Baalbaki (1990b), *Muʿjamu l-muʿtalaḥātī l-luġawiyya: Dictionary of linguistic terms*, Beirut.
- A.F.L. Beeston (1970), *The Arabic language today*, Londres.
- V. Cantarino (1974-5), *Syntax of modern Arabic prose*, 3 vol., Bloomington.
- J. Carandell, A. Texiti y J. Sánchez Ratia (1993), *Luġatu ʕ-ʕiḥāfati l-ʕarabiyya. Árabe de prensa. Un método para la comprensión auditiva y escrita*, Rabat.
- A. Chejne (1969), *The Arabic language: its role in history*, Minneapolis.
- J. Cortés (1996), *Diccionario de árabe culto moderno*, Madrid.
- H. Gätje (1985), "Arabische Lexicographie: ein historischer Überblick", en *Historiographia Linguistica* 12, 105-147.
- R. Hamzaoui (1965), *L'academie arabe de Damas et le problème de la modernisation de la langue arabe*, Leiden.
- J.A. Haywood (1965), *Arabic lexicography: its history and place in the general history of lexicography*, (2ª ed.), Leiden.
- C. Holes (1995a), *Modern Arabic: Structures, Functions and Varieties*, Londres-Nueva York.
- A. Hourani (1967), *Arabic thought in the Liberal Age, 1789-(1939)*, Oxford.
- ʕ. R. Ibn Xaldūn (m. 1382), *al-Muqaddima*, ed. Dār al-Kutub al-ʕilmiyya, Beirut (1993).
- H. el-Khafaifi (1985), *The role of the Cairo Academy in conining Arabic scientific terminology: an historical and linguistic evaluation*, tesis doctoral, Universidad de Utah.
- V. Monteil (1960), *L'arabe moderne*, París.
- A. Roman (1983), *Étude de la phonologie et de la morphologie de la koinè arabe*, 2 vol., Aix-en-Provence.
- A. Roman (1999), *La création lexicale en arabe. Ressources et limites de la nomination dans une langue humaine naturelle*, Aix-en-Provence.
- ʕ. aʕ-ʕālīḥ (1994), *Dirāsātun fī fiḥi l-luġati l-ʕarabiyya* (2ª ed.), Beirut (1ª ed. (1960), Damasco).
- A. Schall (1982), "Geschichte des arabischen Wortschatzes: Lehn- und Fremdwörter in klassischen Arabisch", en *Grundriss der arabischen Philologie* I, 142-153.
- J. Stetkevych (1970), *The modern Arabic literary language: lexical and stylistic developments*, Chicago-Londres.
- M. ʕUmar (1970), *Tārīxu l-luġati l-ʕarabiyyati fī miʕr*, El Cairo.
- H. Wehr (1979), *A dictionary of modern written Arabic (Arabic-English)* (trad. M.J. Cowan), Wiesbaden.
- S. Wild (1982), "Die arabische Schriftsprache der Gegenwart", en *Grundriss der arabischen Philologie* I, 51-57.
- Ḥ. Xalīl (1985), *al-Muwalladu fī l-ʕarabiyya: dirāsātun fī numuwwi l-luġati l-ʕarabiyyati wa-taṭawwuriḥā baʕda l-ʕislām*, Beirut.
- G.Y az-Zaydi (1987), *Fiḥu l-luġati l-ʕarabiyya*, Mosul.